

llazo. Claaang. Ponle más gasolina a la coliflor; ponle menos coliflor a la sopa; ponle menos sopa al niño; vete a Cercedilla el domingo si te atreves. Ponte una lavativa de gasolina y sabrás cómo se rompe el estancamiento.

Que no decaiga, please, que no decaiga. ■ RECOLETOS

MONOLOGO DE UN EMPRESARIO EQUIVOCO

Bobo, que eres bobo, que siempre te dejas engañar. Menuda cara de satisfacción se te ponía en el invierno del 63 cuando volvíamos saltando entre los charcos en el alegre camino de dos kilómetros hasta la parada del autobús. «Es la mitad de nuestro sueldo —decías, idiota—, pero dentro de diez años no será nada, y el piso, oh, sí, el piso, será nuestro, y luego ya no pagaremos y los años se vienen y los años se van y nosotros nos iremos y no pagaremos más, con la tranquilidad que —decías, cretino—, da tener algo tuyo.» Y una letra de siete mil este mes y otra letra de siete mil el otro. Pero ellos te seguían la pista. Cada vez que te subían mil pesetas el sueldo, te subían trescientas pesetas la luz y quinientas el teléfono y cuatrocientas el gas, y los gastos generales cuatrocientas veinte. Bo-



bo, que eres bobo. Y así hasta hoy. Las siete mil pesetas de la letra no son nada, pero pagas otras ocho mil de «gastos de casa, luz, teléfono, etcétera», que pones en la agenda, melón. Y, además, comprarte los recambios de la agenda. Pagabas siete mil cuando ganabas catorce mil, y pagas quince mil cuando ganas veintiseis mil doscientas con descuentos y con dos hijos, que también ahí te cogieron, que llegaste a tener una foto de Villar Palasí en la mesilla cuando nació el segundo, y le dabas las gracias todos los días por la enseñanza gratuita, para que ahora se te ponga en tres mil mandar a las criaturas



LA DURACION DEL FUTURO

RECUERDO un día único de sol y calor en Londres, precedido de clima de bruma y frío, seguido de otro día de frío y bruma. Un periódico tituló, irónico y certero: «Ayer fue el verano.» Siempre temo ver un titular en algún periódico español que diga «Ayer fue el futuro». Ayer fue el pasado. Mañana ¿será también el pasado? ¿Es este presente de hoy un simple eje de simetría? El otro lado del espejo ¿es igual que este lado del espejo?

El inglés Osborne hizo famoso su título «Mirando hacia atrás con ira». Pertenecía a la generación llamada colérica —los «angry young men»—, que inculpaba a sus predecesores de haber desgraciado su presente mediante un destroz, el del imperio. Yo no me siento con ese temple. Quizá porque ya soy en algún modo antepasado, quizá porque no he sabido —no hemos sabido— hacer con el tiempo que debió ser nuestro más que dejarlo transcurrir, más que sobrevivirle. Era, es cierto, un tiempo difícil, que heredaba de otro tiempo difícil. El cual, a su vez... ¿Hasta cuándo, hasta dónde habría que remontar el pasado para encontrar unos antepasados originalmente culpables? Tal vez al sombrío Felipe II, quien sabe si a los caballeros conquistadores, con la distensión que hicieron de sus generaciones y de la piel de la patria para cubrir con ella unas tierras lejanas y explotables. O a los jinetes de la reconquista y su exaltación, o a los expulsos de moriscos y judíos, con la temible inflexión de la convivencia y la dureza unificadora... ¿Y ellos, por qué? Habría que llegar a Adán y Eva. Y aún me temo que habría que mirar qué es lo que pasó antes de que ellos fueran como fueron ellos.

No, no me permito mirar hacia atrás con ira. «Amar al pasado es alegrarse de que haya pasado», decía Ortega y Gasset. Odiar al pasado también es alegrarse de que haya pasado. En todo caso, ha pasado. Es pura ceniza. No es otra cosa. Ni si quiera es: fue. No siento ya ninguna ira con respecto a él. Ni me siento capaz de personificarlo, de atribuírselo a un Padre, a un Abuelo. A otro Freud con ese hueso. Allá Edipo con sus cuentas por arreglar. Es cosa suya, no mía.

Pero tampoco puedo permitirme el lujo de mirar hacia el futuro con ira. Lo único que me interesa es que sea eso: futuro. No tengo aspiración por la felicidad —sólo la tienen los ciudadanos de Estados Unidos, que lo incluyeron en su Constitución como un derecho nacional—, sólo tengo aspiración a la oportunidad. A que ningún prestidigitador de sombrero de copa y capa de seda me engañe con una cámara de espejos instalada en un lujoso escenario. Las cámaras ya no pueden ser de espejos, reflejando en mil rostros un solo rostro. Necesito que en esa cámara esté también el reflejo del mío. Y el de mi vecino, aunque sea odioso. Pero que no me escamoteen nada.

Adiós, pasado. He vivido en ti: no puedo odiarte. No puedo mirarte con ira porque, con todo mi disgusto, con toda mi incomodidad, con tus lanzadas de muerte, has sido yo mismo. Pero, por favor, no vuelvas. Deja que el futuro tenga su ocasión. Porque si me siento carne tuya —carne podrida—, pasado me siento también carne del futuro. Y hueso, y piel del futuro. Tengo derecho al futuro. Puede ser inclemente: pero no sería tolerable que fuera sólo una inversión simétrica del pasado. ■ POZUELO

a ese galpón en los bajos del bloque Z, que ni hacer pis pueden siquiera en la calle porque la zona verde la tiene ocupada el del bar con esas tres cajas de botellas de pepsi que pone siempre, el muy guarro. Ya puedes llorar, ya, y buscarte algo para por las noches. Y que no te confíes, memo, que te pongo en la calle, que me estás cayendo muy gordo por lo idiota que eres y, además, tal

como se están poniendo las cosas, a mí me viene muy bien despedir a otro más, y administrativos de tercera por carros encuentro yo hasta en los descampados, bobo, que ahora mismo le voy a decir al jefe de personal que te mande alguna nota amenazadora por llegar dos minutos tarde para que sufras, cabezón, que este es un país sin criterio. ■ R.